

Al otro lado de la tranquera

(Cuento)

Homenaje al ilustre catedrático y escritor Roca-Franquesa

Desde la última revuelta del camino, cuando la aldea aparecía ya bajo nuestra vista, desperdigada entre la esmeralda de los pastizales y el ocre de las tierras de labor, descubrí la casa del amigo Mauro, medio oculta entre los árboles del soto, enterrados sus cimientos casi en el río. No me advirtió nadie que era a aquella casa a la que nos dirigíamos. Lo adiviné. Siempre que recordaba a Mauro Fontán me lo imaginaba viviendo solo en una casa como ésta, sin pretensiones, pero confortable, oculta entre la arboleda y bañada por algún río, ya que, a su decir, las truchas saltaban desde las aguas hasta la sartén, donde se tostaban.

Unos minutos más y nos encontramos ante la tranquera, asaltados por dos perros, que nos ladraban furiosamente. Salió de la casa un hombre, acalló a los perros, y, apartando los maderos del portillo, nos facilitó la entrada en la corralada.

—¡Quieto, Moro... Quieto, Moro... Apártate allá, Canelo...! A ver si ustedes se portan como está mandado.

Los perros se apartaron rezongando y no muy satisfechos de que el criado les hubiera obligado a recibirnos más cortésmente.

Ya nos esperaban. Desde una ventana de la planta alta nos gritó Mauro:

—¿Qué tal el viaje? ¿Habéis pasado frío?... Parece que se anuncia una nevada.

En tanto que él bajaba a recibirnos, contemplé la casa, que era tal como yo la había imaginado. Ni un pretencioso chalé moderno, ni una antigua fortaleza. Tampoco la humilde choza de un campesino. Era una casona vieja de tosca piedra, pero con señorío, con solidez. Y con serenidad, como hecha para el reposo o para fundar en ella una gran familia. Yo diría que era esa casa con la que soñamos todos alguna vez, cuando la agitada vida de la ciudad nos deja rendidos.

Cundo nos adentramos en el portalón, unas gallinas alborotadoras y confianzudas, picoteaban el grano esparcido sobre las baldosas, y saltaban libremente y sin miramientos de ningún clase, sobre el sofá y las sillas de anea y sobre los aperos de labranza arrinconados contra las paredes, llegando en su descaro hasta el extremo de picotear los bolsos que dejamos sobre el suelo.

Mauro no disculpó aquellas confianzas, que no acostumbraba a hacerlo. Parecía encontrarse muy a sus anchas y encontrar también muy propio que los demás nos adaptásemos a su vivir, para disfrutar sana y llanamente de la hospitalidad que nos ofrecía. Y fue así como nos encontramos, sin ningún cumplido, integrados en aquella vida sencilla, clara y serena, como el agua del regato que discurría con rumores suaves por entre la yerba.

Mauro nos hizo entrar en una pieza amplia, que hacía oficios de comedor, de sala de música, de biblioteca... Una pieza deliciosamente rústica, caldeada por una gran chimenea. Más tarde descubrí que este salón ocupaba la mayor parte de la planta baja de la casona, compartiéndola con la cocina y el portalón o zaguán desde el que arrancaba la escalera de piedra que conducía a la planta alta. Unas copas de vino de la tierra, saboreadas al calor de la chimenea, nos reconfortaban, cuando, casi sin ruido, se abrió la puerta.

—¿Sírvoles ya la cena?

—Sí, cuando quieras.

Instintivamente nos volvimos todos hacia la puerta. Una mujer vieja, que bien se emparejaría con el criado que nos abrió la tranquera, se limpiaba las manos en un amplio delantal, que le cubría casi la faldamenta. Se retiró para reaparecer inmediatamente, con un gran mantel de cuadros rojos y blancos, que extendió sobre la mesa, y una hogaza de pan amasado en casa, que fue partiendo en pequeños trozos. Después colocó los platos y los cubiertos, los vasos para el vino y los tazones para la leche, todo reluciente de puro limpio, pero tan toscó como las manos de la campesina.

—¿Tráigoles el caldo?

—Puedes traerlo.

Nos sentamos a la mesa y saboreamos aquel caldo de verduras bien acompangado, y una fuente de truchas, recién pescadas en el riachuelo que rodeaba, casi abrazándola, la heredad, y como postre, un tazón de leche, todavía caliente, con calor de ubre, que al pescado le va la leche como anillo al dedo, al decir de la vieja que nos lo servía.

—Beban, santinos, beban, que es gloria pura... La Marela es un vaca de muy buenas prendas, pueden beber su leche con confianza, aunque no se la fierva ni ande echándosele esas cosas que ahora le hacen a la leche por las ciudades.

Reimos la ocurrencia de la campesina y nos bebimos el tazón de leche, que en verdad nos supo a gloria, a las buenas yerbas de los pastizales de las montañas de Asturias. Y saboreándola comprendí, por qué Mauro Fontán desaparecía con excesiva frecuencia de nuestro mundo y se encerraba en su caserón aldeano. Todo allí era paz y simplicidad, en contraste vivo con nuestros afanes y preocupaciones. Todo allí era sencillo, claro, limpio, como la campesina que nos servía y aquellas gallinas blancas y vocingleras que en zaguán nos picotearon sin ningún respeto.

De esto y de otras cosas sin transcendencia, hablamos en

nuestra velada al amor del fuego, sin que le concediera Mauro gran importancia. Sólo vi sus ojos iluminarse con una luz extraña, cuando le pregunté, por preguntar, por cambiar de tema, y acaso también por un poco de curiosidad, quién era la mujer del cuadro que colgaba de la pared sobre la chimenea. No era un buen óleo. Ni siquiera una buena fotografía. Se trataba de un vulgar retrato de feria, mal ampliado, casi borroso, en el que apenas podían distinguirse los rasgos de la mujer retratada. Lo que en realidad atrajo mi atención y despertó mi curiosidad, no era el retrato en sí mismo, sino la devoción que Mauro debía sentir hacia la mujer del cuadro, porque había colocado ante él un puñado de flores frescas. ¿Tal vez su madre? ¿La esposa muerta de la que nunca nos había hablado?... Un retrato puede significar sólo un recuerdo, con frecuencia es un adorno, y, algunas veces, la satisfacción de la vanidad de poseer un antepasado ilustre o de contar con una linda abuela, pero cuando unas flores se renuevan ante su imagen, suele haber algo más que eso.

—Pues, sí, hay algo más que eso —confesó Mauro—. Has acertado. Detrás de ese retrato y de esas flores, hay una bonita historia.

—¿De amor?

—De amor... y de sacrificio, de ese sentimiento que se va borrando, que se va empalideciendo y que acabaremos por desterrar de nuestro Diccionario por palabra desusada.

—No exageremos. Aún no nos hemos materializado hasta tal extremo. Aún se dan hermosos casos de abnegación.

—Que suelen ser comentados por extraordinarios.

—Sin ironías. ¿Se puede conser esa hermosa historia?

—Naturalmente. Contándoos la vida de Ana María, me parece que la hago vivir de nuevo, que volvemos a tenerla entre nosotros, que no se ha muerto, porque creo que sólo nos morimos cuando nadie nos recuerda, cuando caemos en ese foso negro que es el olvido, y que no quiero que esta mujer se muera mientras yo viva.

—¿Tanto la querías?

—No. En absoluto... No es el amor, sino el remordimiento, lo que la mantiene viva en mi memoria y la trae constantemente a mi recuerdo. Lo dio todo por mí: su juventud, su vida, hasta su dinero, lo que había ganado toda su vida con su trabajo. Más no podía darme. Ella sí que me quería... Me tomó en sus brazos cuando nací, porque mi madre se murió de parto y cumplió su promesa de cuidarme hasta que ya no la necesitara.

Confieso que la historia de la vieja me decepcionó. Cuando Mauro habló de amor, inmediatamente imaginé un romance, un lindo romance, oliendo a tomillo y a yerbabuena, a moza cándida y sentimental, soñando amor imposible, olvidada después como un juguete roto, recobrada más tarde para el cuerpo. Y en parte, así había sido, pero no por amor de hombre sino de madre. Sueños de mujer que sueña con hogar propio, con marido, con hijos y para conseguirlo —que sin ajuar ni hacienda no suele haber matrimonio entre los campesinos—, se coloca como sirvienta en la Casona del pueblo, para reunir su dote. Pero a la Casona ha llegado un niño que no tendrá madre y ella decide serlo. Una madre-virgen, sencilla y tosca, que sabrá entregar al niño lo que necesita, aunque para ello deba renunciar a sus hermosos sueños, porque el niño enfermo le fue agostando su juventud y sus ilusiones. Más tarde el egoísmo del estudiante, que malgasta, vive y triunfa, sin importarle lo que ocurre en la aldea. Cuando ya cansado y viejo regresa a ella, se entera de que ha muerto Ana María, después de haber rescatado con su trabajo —el que hacía en la Casona para sacarla adelante y el otro, el de jornalera en las casas de sus vecinos, para allegar más dinero— las tierras malvendidas en su juventud, que de nuevo vuelven a pertenecerle.

Una historia entrañable, ciertamente, pero sin ningún encanto para ser narrada al amor del fuego, en una alegre velada. Ni siquiera la historia cobró interés cuando confesó Mauro:

—Y es muy extraño lo que me sucede... Sí, muy extraño... A veces, como todos, supongo yo, me encuentro cansado, malhumorado... Hasta me parece que odio a la vida y que el per-

derla no sería lamentable. Injusticias, problemas, nubes en el horizonte... y sobre todo, lo que más me duele, incapacidad para concentrarme, para trabajar... Es entonces cuando huyo de la ciudad, de los problemas, hasta de los amigos, y vengo a refugiarme en mi casona, en mi nido de águilas. Y aquí encuentro mi paz.

—Es natural, la soledad, el sosiego... Como bien dices, a todos nos sucede con frecuencia, con más frecuencia de lo que supones. Pero no veo nada extraño en ello.

Mauro Fontán removió los troncos que ardían en la chimenea, y durante unos momentos contempló el fuego, casi sin verlo, como preocupado por una idea.

—Sí, claro... la soledad, esta paz del campo, que tonifica los nervios más alborotados, pero... no es eso, no es eso... Ya os he dicho lo que me sucede, una cosa rara... No sé, una sensación de no encontrarme solo, de sentir que alguien está conmigo, como si alguien se cuidara de mi vida y de que en la casa todo esté en orden... Os reiréis si os digo que aquí me encuentro tan... tan abrigado, esta es la palabra, tan abrigado contra la vida, tan protegido contra sus golpes, que, con frecuencia, antes de dormirme, experimento la sensación de ser todavía un chiquillo, de que unas manos invisibles vienen a arroparme, de que unos labios me besan, de que Ana María aún está conmigo y repite los cuidados que me prodigaba cuando era muchacho... ¡Si hasta siento su presencia como algo vivo, velando mi sueño...!

—Ya, ya... Fantasmas tenemos... Lo que nos faltaba para disfrutar un día de campo completo. ¿Por qué no nos lo advertiste?... ¡Si es delicioso!... Yo he defendido siempre la existencia de los fantasmas y la verdad es que adornan mucho en una mansión campestre.

Sonrió Mauro Fontán, en tanto nos ofrecía un exquisito ponche caliente, que él mismo preparaba como nadie sabía hacerlo.

—Bien, bien —dijo con calma— ya sabía yo que os burlaríais, pero no me importa... Yo me atrevería a jurar, estoy

Por error de impresión, el artículo «Un Jardín y Silencio» viene firmado con un nombre propio que no corresponde al de su autora, la novelista Sara Suárez Solís.

seguro de ello, que esa mujer sigue cumpliendo aún la promesa que hizo a mi madre de cuidarme amorosamente toda mi vida. Por eso debe ser, supongo yo, que es en este lugar donde mejor trabajo, donde vuelvo a encontrarme un hombre nuevo. Tantas veces mi refugio me ha salvado de una vida estéril...

La ocurrencia de Mauro nos regocijaba tanto como la salida ingenua de su criada, cuando nos ponderaba lindamente, las buenas maneras de la «Marela». Un buen remate para la velada, la de aquella fantasía. Al fin, la historia vulgar de la vulgar nodriza, empezaba a interesarnos y nos daba pie para comentar leyendas y mitos, en los que es tan pródiga esta región asturiana, envuelta siempre entre brumas.

Cuando nos retiramos a descansar, pasada la medianoche, la nieve había cubierto ya la cumbre de la montaña y al asomarse la luna entre los cendales de una y otra nube, iluminaba un bello paisaje, el más hermoso y alucinante que he contemplado en mi vida.

Me desveló la luna aquella noche, o tal vez la historia de la nodriza, acaso los perros que ladraban incesantemente en la corralada. De pronto, sentí deseo de beber agua y me dirigí, silenciosamente, al cuarto de baño. Cuando regresaba a mi habitación, observé que, también silenciosamente, se abría la puerta de la habitación de Mauro, pero nadie salió de ella. Sólo un reguero de luz de luna, que parecía llegar desde la ventana, iluminar la alfombra del pasillo y levantarse como una bruma, para deslizarse por la escalera.

Atrapada en mi curiosidad, me lancé también escalera abajo y antes de alcanzar el último peldaño, vi cómo se abría la puerta de la biblioteca y penetraba por ella la claridad, la inquietante claridad hecha luna, que había tomado la forma vaga de la nube de humo que surge de un pebetero. Me pareció que la nube blanca se ahilaba un tanto, se retorció, se inclinaba sobre el terreno de las flores colocadas sobre el mármol de la chimenea y cortaba con sus largos dedos de niebla uno de los crisantemos amarillos. Sí, lo había cortado, Claramente lo veía. Veía cómo lo olía o lo besaba, cómo lo apretaba, amorosamente, hasta deshojarlo, para fundirlo en su masa casi in-

material, casi transparente, que volvía a extenderse, a desintegrarse, a convertirse en una luz difusa, que desapareció a través de la ventana.

Un poco aturdida por todo aquello que había presenciado, como una concesión extraordinaria a mi poca fe, volví a refugiarme en mi habitación y me deslicé temblando entre las sábanas caldeadas, que olían a espliego, a tomillo, a manzanas largamente conservadas. Tardé horas en dormirme, dando vueltas y vueltas en mi cabeza, al extraño suceso que había presenciado, sin conseguir encontrar una explicación que lo justificara. ¿No sería todo una fantasía, un producto de mi imaginación, siempre dispuesta a dejarse fecundar por cualquier suceso nimio, para convertirlo en un acontecimiento?

Por fantasía lo tuve al despertar, cuando ya estaba bien entrado el día. Como hacía frío, desayunamos en el salón biblioteca, cerca de la chimenea en la que ardía un buen fuego. La nieve, reverberante de puro blanca, y el sol que se asomaba tímidamente por entre las nubes, alegraban la gran sala, desterrando sombras y borrando miedos. Los perros ladraban alegremente retozando sobre la nieve y persiguiendo a los patos y a las gallinas hasta encerrarles en el gallinero. Un gallo lanzó un grito de protesta, pero corrió también a resguardarse tras de las gallinas. En el establo mugían las vacas, posiblemente incómodas por su encierro. Una ráfaga de viento helado sacudió los árboles, liberándoles de su pequeña carga de nieve. Qué claridad y qué paz se respiraba en aquel ambiente. Y qué sabroso el pan tostado con su mantequilla, el café caliente y aquella exquisita miel de romero...

Había olvidado ya mi pesadilla —que por tal la tenía—, cuando de pronto, se me ocurrió volver la cabeza y mirar las flores que estaban sobre el mármol de la chimenea y no pude reprimir un grito de asombro. Uno de los crisantemos amarillos había desaparecido. Sobre su tallo cortado, resbalaba todavía una gotita de blanca savia, y había algunos pétalos estrujados y esparcidos por el suelo.